

opusdei.org

Via Lucis

Publicamos a continuación el poemario completo "Via Lucis" con que Mons. Gilberto Gómez, obispo auxiliar de Abancay, ganó el premio internacional de poesía mística "Fernando Rielo".

23/03/2005

VIA LUCIS

“Es Cristo quien vive en mí”

(Ga 2,20)

Yo no quiero seguir a la zaga de tus
pasos

ni engrosar el cortejo solemne y
luctuoso

a mi ritmo gregario de otras lunas,

al vaivén de mi rutina;

pues me asfixia el rumboso capirote

que hace de mi carne pecadora

carne de procesión.

Ya no seré María Magdalena

ni el súbito recluta de Cirene

ni la fémina piadosa y descarada

que infiltró entre la escolta

el lienzo de la imagen prohibida.

Que me borren del grupo plañidero

que va sembrando perlas tras de Ti;

que me expropian mi nombre y
apellidos:

ni siquiera yo mismo quiero ser.

Sólo quiero negarme a mí mismo

y todo aquello que no seas Tú en esta
vía:

ver por tus ojos y escuchar contigo

la blasfemia y el lamento,

las plegaria y el martillo;

y sentir los dedos del flagelo
intermitente

que pulsa, como arpa, mis costillas,

la garra inexorable del acero

en mis carnes...Y en mi alma,

la punzada abismal del estar solo

entre el cielo y la tierra,

Dame, Señor, la túnica sangrienta,
desgarrada y escupida,
regálame tu leño y tu camino y tu
piel.

Disfrázame,

revísteme de Ti, mi Nazareno.

Y podré caminar con mi Padre y con
mis cristos -mis hermanos-

en diálogo amoroso y permanente.

I

“¿A quién queréis que os suelte?”

Encuesta de Pilato, sondeo de
opinión,

Coartada de oculta cobardía:

¿Jesús o Barrabás? ¿Cristo o un
bandido?

Escrutinio de votos, porcentaje,

en pos la minúscula razón,
la efímera verdad que es necesaria
para salir del paso.

Y Pilato se lava la conciencia
en el agua que no limpia.

A sí mismo se lava en su agua
Para que no lo lave en la mía.

-Nada entiendes de sangre, romano
experto en sangres,
tú que has vertido tanta.

Te desmarcas del grupo de culpables,
cuando, por ellos justamente, la voy a
derramar.

Te lo aseguro: no tendrás que ver
conmigo,
si no te lavo.

“Ser o no ser es la cuestión” de
siempre:

contempladlo, a cubierto de mi
sangre,

comandar el atusado pelotón de los
omisos.

Hoy como ayer: mirad pasar de
mano en mano

la inocente jofaina de agua tibia.

Hoy como ayer,

“crucifícale” es el grito intemporal y
permanente

que aglutina tantos gritos,

que aúna decibelios y silencios.

Oye, Padre, el siniestro veredicto

de las gargantas rojas y los cerebros
grises,

que tiñó la historia de holocaustos

y surcó de catacumbas los subsuelos
de las urbes.

Son libres y auténticos los hombres
que hemos hecho a tu imagen:
capaces de visión y de ceguera,
de odios y de amores,
de oración y de blasfemia.

Abbá, Padre, con qué fuerza el
hombre débil

corea la antífona inspirada del sumo
sacerdote:

“Caiga su sangre sobre nosotros”.

¡Cuánta sed agarrota esas gargantas
posesas!

¡Cuánto afán de ser tuyos sin saberlo!

“Morirás en la Cruz” es la sentencia
tan ortodoxamente elaborada,

tan políticamente correcta,
que disipa las dudas al respecto.
“Morirás en la Cruz”. Tal es la fuente
del torrente de lógicas absurdas
que va dejando en los meandros de
la historia
aluviones de cepos y cadalsos.
Oye cantar la blanca muchedumbre
de aquellos “que lavaron sus vestidos
en la sangre del Cordero”.
Los ríos de su sangre y de la mía
confluyen en el mar de tu presencia.

II

Abracé con pasión aquel madero,
el delito por mí no perpetrado;

cargué sobre mis hombros de pastor
la oveja cien de mi majada.

“Padre mío, si es posible,
pase de mí este cáliz”, gemí a solas en
el huerto.

Son testigos la luna y los olivos.

Rejón de muerte, soledad sin límites.

La misma deserción todos los siglos:
dormitan los amigos,

se afanan los traidores al acecho.

Los hijos de la noche son más cautos
que los hijos de la luz.

El patíbulo cargado, bajo el sol del
mediodía,

dibuja un signo más sobre la tierra.

Sobre la tierra que piso,

sobre la tierra que sueño,
la Cruz suma y afirma:
es el único sí definitivo
capaz de anular las negaciones;
el yugo acolchado, la carga liviana,
la puerta angosta, la senda empinada
y caprina
que lleva a los cielos.

Abba, Padre: ¿no ves venir por ella
a los que antes erraban el camino?
“El que quiera seguirme, que me
siga”.

Mirad la multitud de mis cruzados.
Todos llevan la Cruz a su manera:
grande o pequeña,
en aspa, como Andrés

o invertida, como Pedro;

la cruz roma o la cruz filuda como
espada.

No la cruz sofisticada de la vieja
fantasiosa

-la loca de la casa-

ni el Calvario sin Cristo, fabricado a
domicilio.

Nunca jamás la cruz gamada y
odiadora,

ni la cruz arrastro,

ni la cruz-monumento de pretéritos
rencores.

Abba, Padre: la cruz es tu regalo.

Sólo Tú sabes la medida exacta:

más justa que el traje o los zapatos,

más justa que las gafas y el reloj.

La cruces siempre tienen nombre
propio:

no hay fábricas de cruces en serie ni
de cruces-comodín.

Mira esa ingente multitud de hijos
cada día sellados en su frente, en sus
labios, en su pecho.

Ve la cruz en las cimas de los montes

y en el techo de las casas,

y en salones y en alcobas,

y en la cumbre de todas las labores
de los vivos;

y las cruces de aquellos más felices

que se lavan la cara y perfuman la
cabeza,

y a la suya no quieren llamar cruz,

sino don.

Esa Cruz es el arma decisiva,
camuflada en los pliegues del
vestido,
en los bolsillos del alma,
en los pechos humildes que no
exhiben su dolor...
Contempla esa crucífera legión
que los verdugos míos y los de ellos
-embriagados de sangre y de
tumulto-
no podrán detener.

Tu silencio y el suyo es presagio
de victoria inminente y total

III

Caí por vez primera, cuando apenas
comenzaba la ascensión.

La cruz hiende, aplasta, me atornilla
contra el suelo

como el huso del lagar.

Tú bien sabes por qué me pesa tanto.

Si mis cristos me imitan en llevarla,

al caer, los imito, en cierto modo, yo
a ellos.

Las caídas

son ocaso repentino y pasajero

compromiso leal de encarnación.

Desde el suelo los vi caer también a
ellos

bajo su cruz pequeña.

No es la cruz la culpable, no es el
peso de la carga

que prometí ligera.

Es el imán del suelo,

la ley de la gravitación universal
(la manzana de Newton y de Adán
apuntan en la misma dirección),
porque lleva en su carne la ley de sus
miembros
y es polvo y arcilla, barro de botijo.
Caer y levantarse, el ritmo exacto,
la dinámica propia del camino.
No me quiero privar de este
bautismo de polvo
que unge mi humanidad.
Caer y levantarse
es la lógica misma del ser hombre
redimido.
Por impulso amoroso, en tu seno,
sentí yo la llamada de este polvo.

Fue en Belén, realmente, la caída
primigenia;

y aun antes, en el seno de una virgen
que nunca desdeñé.

Abbá, Padre:

Sabe a pan este polvo palestino
que muerdo, más que beso, en mi
caída.

Al instante me alzo como puedo
– ya podéis levantaros, hijos míos-.

Acuden en ayuda las rodillas y los
codos,

los ojos de los buenos, y hasta el
pecho

de mi Madre y vuestra Madre.

Un empeño común y solidario
nos mantiene en pie.

Solo restan tres días, y entonces,
surgiendo con los bríos de un titán,
no habrá losa capaz de retenerme
y se alzaré conmigo todo el polvo
rescatado.

IV

¡Qué sorpresas depara este camino!
Doloroso, amargo y empinado,
aburrido nunca.

¿Has visto?

La Madre acude siempre a la hora
del traspiés,
como afluye la sangre a las heridas,
para tender su brazos como arrimo,
su seno como alfombra.

La Madre vigila.

Me sumerjo en su abrazo como
antaño, cuando niño,

cuando Herodes seguía nuestro
rastro

y las sombras dilataban las pupilas
vigilantes,

y el miedo nos subía sigiloso

los peldaños de la espina dorsal.

Me has dado, Padre, un corazón
gemelo:

(¡Qué maravilla el corazón de carne!)

heroico y sensible,

titánico y humilde al mismo tiempo,

al filo del colapso o de la hazaña.

Ha estallado un silencio que
amordaza hasta el suspiro.

Ya no siento mi carne ni mis huesos.
Solo a Ella.

“Esta sí que es carne de mi carne
y hueso de mis huesos”- repito como
Adán.

-Repetid conmigo-.

Tan sólo yo pasé a través de Ella,
sin mellarla ni romperla;
como pasé las paredes del cenáculo
el domingo de la Pascua;
como el rayo de sol
atraviesa el cristal no mancillado.

Tan solo yo he habitado el santuario
erigido ex profeso para mí .

Abbá, Padre:

Un tiempo infinito has invertido
en diseñar mi morada entre los
vivos;

en modelar ese vientre

y esas manos que me acogen, como
ahora,

niño y moribundo, cadáver luego.

V

Un tal Simón de Cirene venía del
campo”

(Lc 23,26)

Le vi pasar de lejos muchas veces

camino de su hogar al mediodía,

cuando el sol abrasa los surcos

y el torso del labriego,

y cuando todo por hoy - según
piensa- está cumplido.

Cuando llegue mi hora,

yo le daré palabras a esa idea

y su alcance divino y verdadero,
cuando ese todo sea el todo, colmado
y remecido,
la total plenitud sobreabundante,
y cuando ya no falte nada que hacer
en absoluto.

Abbá, Padre:

él sabrá hoy que falta todavía

trascender el camino calcado y
consabido;

que no es el hombre ni su suerte,
sino Tú, quien señala el camino y la
meta, la ración de sudor de cada
empeño

y la exacta medida del esfuerzo
estipulado.

Esta tarde incluiré su “todo” en mi
todo,

daré a su labor la dimensión, por él
insospechada,

de haber corredimido.

También su granito de arena

entrará en mi construcción;

y su gota de agua, mezclada en mi
vino,

llegará a ser sangre redimida y
redentora.

Le obligan a cargar este madero

y lo llevó a contrapelo y sometido,

con amor más tarde.

Simón ha hecho historia, en
recompensa,

porque es el prototipo

de tantos Cireneos que aguardan su
turno

de cargar con mi madero.

Mira cuántos aprenden la lección
de que nunca se puede decir basta,
hasta que caiga la noche y vengas
a dar tu denario al jornalero.

VI

Verónica es el nombre
que le dio la memoria de las gentes
a esta mujer valiente y detallista.

Posó su lienzo, blanco como su alma,
en mi rostro

y en él plasmé , agradecido,

las recias pinceladas de mi estampa
en este viernes:

sangre y salivazos,

lágrima y sudor.

Ni el pintor logró la pose

ni el flash más oportuno

pudo captar instantánea puntual del
“ecce homo”.

No pudieron las lanzas detenerla,

ni la barrera policial fue suficiente

para abortar su rebelión.

Nadie atinó a buscar mi rostro esta
mañana, como ella,

la que supo guardar en su pañuelo la
perla preciosa,

el icono invalorable y exclusivo de
mi faz.

Después de la Madre,

de nuevo una mujer es quien se
acerca.

Abbá, Padre:

Veo con qué primor has modelado la
costilla de Adán:

imaginativa y seductora,

heroína y hacendosa

y detallista:

con un hilo de tiempo y de espacio,

borda un primor que deja
boquiabiertos a los siglos.

Y se fue, como vino, Verónica de
nombre,

sin darse importancia,

sin dejar rastro tras de sí.

En verdad os digo:

dondequiera se recuerde esta vía,
se hará memoria de ella.

VII

Hay un instinto anónimo y gregario
en esas turbas

-rebaño al fin-

que les hace incorporarse a las
últimas noticias,

repetir como loros las consignas del
megáfono,

y arrimarse al sol que más calienta,

a los soles de ocasión.

Yo, en cambio, entre las gentes
siempre supe

qué mano me tocó el borde del
manto,

qué hombrecillo me espiaba entre las
ramas de la higuera

o qué joven sin dolo meditaba a su
sombra,

y qué inéditas preguntas les hacían
comezón.

Yo los vi como ovejas sin pastor,
que se hartaban de panes y de peces
en el yermo,
que traían sus enfermos y sus niños,
sin que yo rehuyera sus humores y
sus babas...

Abbá, Padre:

de barro hiciste al hombre,
y le insuflaste un hálito de vida.

La masa es inerte y es anónima;
el espíritu, empero, es libertad.

De barro me has dado un cuerpo
en un claustro virginal;
del Espíritu me has ungido,

y, libre, doy mi vida porque quiero,
y, porque quiero, estoy en tierra
caído y abrazado
a su entera redondez,
y, porque quiero, me alzo
nuevamente
y rescato este barro de alfarero
para que Tú lo amases con tus manos
hasta hacer de mi masa Eucaristía.

VIII

“Mujeres de Jerusalén, no lloréis por
mí”

(Lc 23,28)

Por vosotras llorad, por vuestros
hijos

como el día del parto.

(“La mujer, cuando va a dar luz,
gime porque ha llegado su hora”)

Revivo la escena de una boda
campesina,

la plegaria de mujer, y mi respuesta
cuyo alcance no pudo adivinar:

“No ha llegado mi hora todavía”.

Hoy, en cambio, la hora se avecina,
y ya el reloj del Gólgota
empieza a maquinar sus
campanadas.

Mi hora está ahí,
como la hora de un nuevo
alumbramiento,
apenas pase la hora triste del
príncipe de este mundo,

a quien voy a derribar de su escaño
prepotente.

Mujeres de Sión:

no es la hora de los ayes plañideros
y las lágrimas estériles.

Es tiempo de llorar con llanto recio y
varonil.

Que el llanto se haga lágrima y
propósito,

lágrima fecunda

que riegue la aridez de tus raíces,
árbol seco,

porque está la segur al pie de tronco
y la hoguera encendida más fuerte
siete veces

que en el horno de Daniel.

Mujeres de Sión:

Empujad con vuestro llanto,
ayudadme a dar a luz a la nueva
criatura.

Y un día enjugaréis los ojos que han
visto al Salvador

y cantaréis con el profeta:

“Hija de Sión, alégrate”.

Cuando no haya más llanto ni
tristeza

ni dolor.

IX

Heme aquí por los suelos sembrado
nuevamente

en el umbral de la rocosa calavera
del Calvario,

cuando estoy por pisar el escenario
y está por levantarse el telón

del desenlace.

Rebusco en los cajones de mis
fuerzas,

y solo encuentro

la misma decisión inquebrantable

de llegar hasta el final;

y no hay más huelgos que ese plus de
inercia

que hace movilizarse a los autómatas

Oh Padre, me deslumbra el final del
túnel, que se acerca,

y me ciegan las ansias de tu rostro.

Dame solo la luz que me permita
andar un paso más.

Para que mis discípulos aprendan
que conviene

seguir la rueda del caer y levantarse
hasta el final

con ascesis sonriente y deportiva.

No es necesario divisar todo el
trayecto

ni explorar todas las pistas del
futuro.

Les basta la gracia del aquí y del
ahora

que ilumine el tramo suficiente
para dar un paso más.

X

“Se reparten mis ropas”

(Sal 22, 19)

No les sonroja ver mis carnes puras

-¿quién puede echarme en cara
algún pecado-

Desnudo en Belén,
desnudo en la cruz.

Entonces me fajaron los pañales
primorosos de la Madre;

ahora se juegan a los dados

el manto que tejió con tanto esmero
para mí.

Abbá, Padre:

heme aquí ya de todo despojado.

Me arropa por completo tu mirada
providente

que engalana los lirios y las aves.

Al quitar mis vestidos,

no hacen más que pertrecharme

contra el último embate de las olas,

como a un hijo del Océano.

Viene el príncipe de este mundo

-nada en mí le pertenece-

y es preciso estar desnudo para el
envite frontal.

Contemplad sin empacho, cristos
míos,

esta franca humanidad:

todo en ella es carne inmaculada,
tejida en vientre inmaculado.

Reparten mis vestidos: ¿quién los
vestirá?

Rescatad esa ropa que me usurpan,
vended cuanto tenéis, compradla a
precio

y vestíos de mí

-como Jacob se disfrazó de
primogénito-,

y servid a mi Padre el guiso preferido
(Su comida y la mía es que se cumpla
hasta el fin su voluntad).

Abbá, Padre,

Harás tus herederos
a toda una legión de primogénitos.

XI

Han clavado mis manos creadoras
que amasaron al hombre en el
comienzo,

que hicieron lodo para dar la vista
y acariciaron a los niños;

Manos que tomaron pan y lo
partieron

y entregaron mi cuerpo en comida;

manos recias del hijo de José, el
artesano,

que forjaron, sin tregua, su callo en
el oficio.

En el taller como en la cruz,
mis manos avezadas al madero.

Han taladrado los pies
que dieron tu presencia a los caminos;
han clavado los pies, cuyas sandalias
ni atar osó el Bautista. Pies ligeros
que buscaron la oveja descarriada,
y regó con sus lágrimas la adúltera.

Acostado a lo largo del patíbulo,
de espaldas a la tierra (expulsado de
mi viña
que me niega residencia),

ya todo mi paisaje es cielo puro
y eres Tú - que lo habitas-
la meta anhelada e inminente
desplegada en su anchura diáfana y
azul ante mi pecho,
como la cinta que el atleta extenuado
debe traspasar.
A golpes de martillo
la mueca se dibuja irreprimible.
Señor, ¡qué pocos clavos se precisan
para dejar inmóvil lo infinito
y fundir la inocencia con la culpa!
¡Qué pocos clavos bastan
para hacer de un hombre un
crucifijo!

“Todo está cumplido”

(Jn 19,30)

No falta una palabra ni una tilde.

Siete dije en la Cruz - el número perfecto-

y está todo dicho.

XII- 1

“Perdónalos porque no saben lo que hacen”

(Lc 23,34)

Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen, lo que dicen, lo que rezan sus blasfemias.

Son sus mentes vasijas agrietadas que no pueden retener las aguas salvadoras.

Hasta el fin de los tiempos cubrirán

esas nieblas de ignorancia las
naciones:

no saben los expertos de este mundo
el secreto confiado a los sencillos.

Más que estos clavos, me desgarran
la suerte del rebaño dispersado
que ha matado al mayoral.

Abbá, Padre:

tomarás de mis panes y mis peces,
los harás recostar en las praderas
y les darás su viático;

y saldrás a la atalaya cada tarde
a otear los caminos de los pródigos
que vuelven a tu hogar.

XII- 2

“Esta tarde estarás conmigo en el paraíso”

(Lc 23,43)

Me conmueve su agónica mirada compasiva,

el regio señorío de olvidarse de sí mismo

y trascender su grave circunstancia y su pasado.

Me admira la serena lucidez de su sentencia

-que Pilato no fue digno de dictar-.

Dichoso tú, hermano de patíbulo, mi cristo inmediato y colindante.

En verdad en verdad te digo, como a Pedro:

Mi Padre celestial es quien te inspira

la indecible pirueta

de saltar al cielo con los pies
clavados.

Y tú, Gestas, compañero de camino,
-llamado “el mal ladrón”-

árbol seco plantado a mi puerta,
tronco estéril que nunca tendrá
fruto.

Tú, aborto de un cristo no cuajado,
mordido en el desierto por la víbora
letal:

acércame tus ojos y tus fiebres,
antes que anochezca,

y mi hambre de perdón se agarrará a
tu SOS

como a un clavo ardiendo.

Dondequiera que estén los
convidados de la muerte,
ahí me verás, atento a recoger,
como un perrillo fiel bajo la mesa,
migajas de contrición.

XII- 3

“Ahí tienes a tu hijo”

(Jn 19,26)

Mujer, ahí tienes a tu hijo,
y en él a mí me tienes,
y en mí, a tus hijos nuevos.

Contémplame en el rostro de tus
hijos, mis hermanos,

que he comprado al precio de mi
sangre.

Nueva Eva, discípula primera,

primera redimida:

hoy para ti recuerdo expresamente

que “todo lo que hicisteis a estos
pobres,

mis hermanos, a mí me lo habéis
hecho”.

Ea, Madre,

el que asía tus pechos en Belén

pasa hambre en todos los
hambrientos:

dales de comer.

En los pasos perdidos de tus hijos

búscame y encuéntrame y
repróchame

y regrésame a tu hogar.

En la cuna o en el asilo,

en la clínica o en la celda,

explora esa piel y esas llagas
y descubre que soy yo.

Hijo mío,

ahí tienes a tu Madre,

partido el pecho de dolor por una
espada;

ahí tienes a tu Madre con sus hijos
frente a frente:

el hijo inocente y los culpables;

el fruto de su vientre, el soñador,

-vendido como el hijo de Jacob por
sus hermanos-

y los hijos homicidas,

que, emergiendo del pozo de la
culpa,

llegan de lejos mendigando el grano

para sus silos.

Hijo mío, discípulo amado,

en un tiempo justiciero y

“Boanerges”,

testigo de mi gloria en la montaña

y testigo predilecto de esta hora;

alma de pulpa virgen que nunca

habitó el gusano impuro;

tú que aplicaste el oído y auscultaste

mis latidos

e ingresaste en el sancta sanctorum de

mi templo:

ahí tienes a tu Madre,

Madre también de tus hermanos, que

ahora veo

retratados en el iris de tus ojos,

como en el agua de un pozo

profundo.

A ellos también digo:

He aquí la parcela reservada y
escogida,

la niña de mis ojos que os dejo en
testamento.

Si vivís en mí y yo en vosotros,
para su corazón ya sin espadas,
seréis su mismo Hijo.

XII- 4

“Por qué me has abandonado”

(Mt 27,46)

Se hacen eternas las horas del
patíbulo

y todas mis palabras y mis gestos
alcanzan su eterna dimensión.

“Elí, Elí, lamá sabachtaní”

Exhalo en el cenit de mi agonía
la queja que el Espíritu ha dictado
al salmista de Israel.

Orar en el idioma de David

Me transporta a la doble frontera de
mi hora:

el morir como el hijo de mi Padre
y como un hijo de mi pueblo.

Abba, Padre:

aparta de mí este trágico espectáculo,
esta hiriente visión de árboles
estériles

que me araña el corazón con sus
garras ponzoñosas:

el árbol de la cruz del ladrón
blasfemo y maldiciente,

el árbol del que pende Judas, el
traidor,

-sus entrañas dispersas en un
páramo de cardos-

y la higuera infructuosa y maldecida,
camino de Betania,

fosilizada en su presencia inútil
para ejemplo y profecía.

Como espina en mi carne,
el bandido y el traidor,
comensales en la mesa
de mi pan y mi suplicio.

Su inmensa soledad sin fronteras
conocidas

ha irrumpido por todos los poros de
mi cuerpo y de mi espíritu,
y un contagio de gritos y de sogas

me atenaza el cuello moribundo.

Tan solo mis pupilas se dilatan
asombradas

de mirar los eriales que tu gracia no
regó,

los vastos pedregales de la tierra
que no albergan tu semilla.

Mi espíritu está triste hasta la muerte
y surgen los terrores de la víspera:

He temido a la muerte como hombre
-que nada de los hombres me es
ajeno

y nadie poseyó la vida plena como
yo.

Pero el miedo la muerte no mezclaba
mi sangre y mis sudores,

-los sabios, los rebeldes y los necios

desafiaron mil veces este trance con
valor-

Es la visión -para el hombre
inabarcable- de la historia
omnipresente,

la fétida cloaca universal,

en que los ríos del mal contaminan
las ciudades

y los desiertos de amor generan
viento irrespirable;

el bosque árido y tupido

de los árboles secos,

y un valle sin fin de huesos
calcinados

refractarios al soplo de tu Espíritu.

Abbá, Padre:

tu nombre profanado,

tu gloria reemplazada por la gloria
de las vergüenzas;

y esta sangre que corre en vano para
tantos.

Eloí, Eloí, lamá sabachtaní

Abba, Padre:

yo sé que estas palabras son enigma
de hermeneutas

y coartada, tal vez, de los rebeldes a
tu yugo.

Sin embargo, ningún justo ha rezado
estos versos

con igual confianza y convicción.

Venid a mí y deponed la rebeldía

los de manso y humilde corazón,

y hallaréis un descanso cuajado de
respuestas sazonadas.

Entonces vuestras lágrimas y quejas

serán gotas que caen en el mar
de mi queja filial y confiada.

XII- 5

Tengo sed”

(Jn 19,28)

Abbá, Padre: yo soy aquel que en
taller

alivió en el cántaro de la Madre

la garganta reseca de polvo y aserrín;

yo soy aquel que, fatigado del
camino,

mendigó de una extraña

las aguas de Sicar.

Pero ahora mi sed viene de lejos: de
las raíces mismas de mi ser.

Mi sed es más profunda

que el cántaro y el pozo y que el mar:
es síndrome de tierra desértica y
quemada
por un ansia creciente de tu gloria
y la búsqueda azarosa de la oveja
que perdí.

Yo siento que se me escapa el
sufrimiento de las manos
y mi cuerpo emprende con nostalgia
ese sprint final de su magnífica
aventura de mortalidad.

Más que la muerte, duele la certeza
de que sólo se muere una vez.

Felices los mortales que aceptáis el
reto
de cerrar los ojos y saltar la
alambrada;

felices los sedientos de justicia,

que sentís el orgullo de morir por
causa justa,

como yo:

acercaos de puntillas al instante
supremo

y descorchad con reverencia ese
licor;

codiciad con avaricia ese tesoro

de avalorar con vuestra muerte el
existir.

He aquí que tengo sed de vuestras
muertes:

Vuestras muertes de amor calman mi
sed

de seguir amando

hasta morir.

El que tenga sed que venga a mí,
que marchó en el desierto

a la cabeza de todos los sedientos,
y hallaréis en mi pecho el manantial.

XII- 6

“Todo está cumplido”

(Jn 19,30)

Todo está cumplido.

Apenas restan gotas

para teñir en sangre la lanza del
soldado.

Toman mi testamento

el discípulo y la madre.

Se hace un gran silencio

cuando muere la Palabra.

Las tinieblas cubren la tierra,

porque yo soy la luz

y hoy se oculta,

porque han preferido las sombras a
la luz.

Todo está cumplido

y, sin embargo,

quedarán abiertas las heridas

y seguirán manando sangre

por las llagas de aquellos

que sean dignos de llevar mi nombre

escrito en la frente.

El leño verde nunca perderá su
verdor,

regado por la sangre sin cesar.

Pues la cruz es el árbol de la vida,

el nuevo árbol de la ciencia en el
Edén.

Escucha, nuevo Adán, el mandato
positivo

de la nueva creación: Tomad y
comed todos de él.

Si coméis de sus frutos, tendréis vida
en abundancia

y seréis como dioses –oráculo del
Señor-.

He aquí que en mis palabras no hay
engaño.

-Ya está juzgado el ángel pervertido
que trastocó las claves al comienzo
y adulteró las promesas de la vida
para hacerlas ruleta de la muerte.-

Acercaos, sin miedo, hijos de Eva,
a morder la manzana salutífera,
que el veneno de la sierpe está
aguado,

desde el punto en que todos los
mordidos

alzaron su mirada al estandarte.

La cruz está en el vértice

lista para el relevo,

Acercaos, hermanos, trepad por ella

y ved desde su altura los mieses
doradas,

porque hemos de empapar en sangre
la tierra

y hacer que en toda carne

se prolongue mi cuerpo hasta el
Cristo Total.

Hay niños, como poros del suburbio,

que juegan con plástico y arcilla;

hay jóvenes atletas y vírgenes como
manzanas,

y hombres y mujeres...

y ancianos –su rostro surcado por
arrugas, cicatrices de ilusiones-.

Subid al árbol de la cruz, mis cristos,
que abajará sus ramas para auparos.

En ella está la meta del camino
desbrozado y andadero

que hollaron mis pies;

En ella alcanzaréis la exacta
perspectiva:

toda la redondez del cielo,

toda la redondez de la tierra

fundidas en un abrazo.

XII- 7

“En tus manos entrego mi alma”

(Lc 23,46)

Regreso como un náufrago salvado
de las olas

-mi balsa fue un madero-

a la concavidad infinita de tus playas,
a tu plácida orilla.

He aquí al pescador

que retorna de un largo faenar.

-Pescador soy, y pescadores llamé a
mis discípulos

y colmé sus redes de pescas
milagrosas,

ensayo y signo de pesca universal-.

Abbá, Padre:

en tus manos entrego mi alma noble
que mi cuerpo apenas puede
sostener.

En el cuenco de tus manos amorosas,

deposito la perla preciosa y
deslumbrante de mi alma

que tu hálito creó para dar vida a
este cuerpo perfectísimo

formado en el seno virginal.

Todo un Dios se volcó en soplo
inefable

en el claustro materno, templo y
cuna,

altar de alianza nupcial indisoluble
entre cuerpo y alma, hombre y Dios.

En tus manos entrego mi cuerpo
triturado como grano

en el molino del dolor,

este cuerpo que me diste,

signo visible de tu invisible
presencia,

instrumento de tu amor
desmesurado por la obra de tus
manos.

Me diste humanidad, y través de ella
has estrenado el nuevo modo de ser
para los hombres.

En mi barca emprendiste la odisea
que asombró a los ángeles e hizo
rebelarse a los demonios:

la divina travesía de llantos y
sonrisas,

de pisadas, caricias y sudores,

de hambre y sueño

y de pasión.

Cuerpo y alma, carne y sangre, unión
indisoluble y exigida.

De tus manos salieron y a tus manos
regresan

destruida en Sacrificio su unidad:

Has desdeñado los grasientos
holocaustos de animales,

pero me has dado cuerpo y alma,

y a través de su Ofrenda te
complaces y regalas,

y a través de su Ofrenda te adoro y
agradezco,

y expió el crimen horrendo de la
carne

que asumí como fraterna;

a través de la Ofrenda,

de Ti, que siempre me escuchas

y tienes en mí tu complacencia,

imploro sobre el mundo la
abundancia de tu casa.

Toda carne es la tierra labrada,

y el arado hundió la reja en sus
lomos desiguales.

Yo soy el sembrador, y soy el grano
que ahora cae en tierra, y muere,
y mañana será espiga.

Toda carne salida de la tierra será
trigo

que, a su vez, ha de sembrarse,
en ofrenda permanente.

* * *

Todo está cumplido.

No falta una palabra ni una tilde.

Siete son las palabras,

los silencios...setenta veces siete.

Entre silencio y tiniebla

confiesa el centurión como un
notario.

Suenan los golpes de pecho
y corren las lágrimas...

XIII

Hecho un gusano y no un hombre,
dijo el profeta.

Así me han vuelto a tus brazos
que de niño me cargaron.

El regazo que fue trono en Belén
hoy vuelve a serlo.

Niño en sus brazos, me entregó a los
hombres;

Muerto, a sus brazos ellos me
devuelven.

(Niño y cadáver, he dictado en esta
cátedra lecciones de silencio:

que los silencios del Verbo son
también palabra)

Tú eres, Madre mía, la primera en
esconderte

en el seno más íntimo de todos mis
refugios:

en mi llaga del costado.

Y mi cuerpo frío roza el tuyo,
que está vivo, a pesar de todo,
Madre mía del silencio.

Cae la tarde de la Parasceve,
-nunca el sol se puso tan de veras-
y, con mi cuerpo reclinado en tus
rodillas,

arrancas una a una las espinas de mi
frente coronada.

Tu rostro es cielo azul y un mar
sereno.

El dolor te ha sentado como a nadie,
y eres más bella todavía....

Con los últimas gotas de mi pecho
se mezclaron tus lágrimas finales

XIV

Donde a nadie enterraron todavía:
en un sepulcro nuevo

-llamado a ser por siempre nuevo y
por siempre vacío-

Es justo que se cumpla:
como estuvo Jonás

tres días en el vientre del cetáceo,
así yo en el seno de la tierra.

La tierra de mis manos ha salido,
yo saldré de ella.

Yo seré el fruto nuevo
que jamás ha brotado de su entraña.
Amigos hasta ahora clandestinos
presentan la instancia y rescatan mis
despojos.
No escatiman dinero ni cuidado. Si
los míos huyeron,
José y Nicodemo dan la talla.
Con cien libras de mezcla -mirra y
áloes-,
y cien millones de amor y vigilia,
aguardan las Marías el primer día
laborable.
Rueda la noche y la losa pesada.
Padre mío, heme aquí del todo
solidario:
Si acampé entre los vivos,

hoy pongo entre los muertos mi
tienda de campaña.

Es preciso que me duerma entre los
muertos

para despertarlos:

Arriba, viejo Adán, que ya es la hora,
y todos los que moráis en las
sombras,

Seguid mi antorcha y enfilad la
luminosa senda

que conduce a los verdes prados .

XV

Pasó un día, pasó una noche: y el día
octavo:

Y de nuevo la luz se hizo. Y he aquí el
día primero

he la nueva creación.

Tres días sepultado, y me llamaste,

Padre mío, con los gallos,
antes de que las cosas estén puestas,
para verlas nacer una por una
y pasearme contigo por el jardín,
-nuevo Adán-

y bautizarlas otra vez con agua
nueva

esta noche de bautismos.

Y visitar a la Madre, la Reina de las
Vísperas,

-la única antorcha de esperanza

que arde sin consumirse en esta
noche-

para darle el primer abrazo inmortal
con mis brazos inmortales
recién amanecidos.

Y llamar por su nombre

a María de Magdala (que me busca
entre los muertos

degollando las rosas en el huerto de
José)

y enviarla a llamar a mis discípulos:

- Despiértate, apóstol, despierta,

abandona la mortaja prematura de
tus noches

y asiste al parto de sol de las colinas.

Despierta,

porque tienes tus párpados
encadenados a las sombras,

y es el nuevo día;

sal a llenar tu cántaro con el mío,

porque ha resucitado el Creador y no
permite

que estén sellados los sepulcros de los vivos.

Saca tu barca mar adentro

y echa las redes a babor y estribor

Desembarca tus redes en la playa,

y cuenta, si puedes, los pescados

y cuenta, si puedes, las arenas

pero no me preguntes nada,

porque hoy me toca a mí hacer preguntas:

-“¿Me amas?”

Después sube conmigo a la montaña:

y mírame ir al cielo,

y vuelve a mirar la tierra

para que no te quedes ahí clavado.

Por último, borracho de mi Espíritu,

atraviesa los muros del cenáculo,
derriba todos los muros de todos los
tiempos,
y arrójate en medio de las turbas,
en medio de la vorágine,
y grítales sin miedo: ¡Arrepentíos!
y con el agua nueva, recibid la nueva
lumbre
y caminad con conmigo
por la vía de la luz.

Abancay, Perú, 2004